

## PEGASO, EMBLEMA DE NUEVA ESPAÑA

**L**os libros de mitología nos dicen que Pegaso es un caballo alado que nació de la tierra fecundada por la sangre de la Gorgona Medusa, decapitada por Perseo, hijo de Dánae y Zeus. El héroe realizó la hazaña con una hoz de acero que le dió Hermes. La cabeza de Medusa tenía serpientes en vez de cabellos. Con la sangre que brotó de ella nació Pegaso y también Crisaor, el padre de Geriones, portador de la espada de oro. Si los cabellos son símbolo de la fuerza —recordemos a Sansón— las serpientes de Medusa significaban la invasión de las fuerzas bajas a la cabeza. La mirada de la Gorgona petrificaba y por eso Perseo sólo pudo verla de frente reflejada en un escudo, don de Atenea. El escudo era como un espejo, símbolo de la razón.

El nombre de Pegaso está relacionado con la palabra fuente  $\pi \eta \nu \eta \nu$  —como lo dice cualquier tratado de mitología— su mito se relaciona con las fuentes y los manantiales; volaba en los cielos y bajaba a la tierra sólo para beber agua, como cualquier potro. Belerofonte, el asesino de Corinto, con la ayuda del adivino Polido, logró domar al indomable Pegaso, cuando —precisamente— el caballo alado bebía en la fuente Pirene; Atenea le dió la brida de oro para volver dócil el mágico bruto. Belerofonte montado en el Pegaso pudo vencer a la Quimera, que era un monstruo que arrojaba fuego; le puso en la boca un trozo de plomo, que no tardó en fundirse y quemarle las entrañas.

En un siglo y un ámbito cultural en los que las alegorías y símbolos eran una suerte de segunda naturaleza, no es aventurado suponer que se encontrase natural relacionar a las tres Gorgonas y a otros monstruos mitológicos con los ídolos del México antiguo, a los españoles con Perseo y a la sangre de los indios idólatras con la que Medusa —cabeza de serpientes— arrojó cuando el acero del héroe la decapitó. Me atrevo a decir que Pegaso es el símbolo de la Nueva España: la nueva entidad histórica nace de la tierra fecundada por la sangre de la Medusa —especie de Coatlicue— cortada con el acero de Perseo —Hernán Cortés y sus soldados. Esta hipótesis explicaría por qué una fuente cuya figura principal era el caballo alado, se encontraba en el centro del gran patio del antiguo palacio de los virreyes.

Otra explicación complementaria de la presencia del Pegaso en el Palacio es la que aparece en el tratado III, Capítulo III, del "Repertorio de los Tiempos" (México, 1606) de Enrico Martínez. Al hablar de la "zona y clima en que está esta Nueva España y de los signos y estrellas verticales, y qué planetas tienen principal dominio en ella", dice que "la constelación que pasa por los puntos verticales de casi toda ella en la imagen del caballo Pegaso, que se compone de veinte estrellas y se extiende de la equinoccial al polo ártico desde siete grados hasta los veinte y cinco, y aunque también pasan otras constelaciones, ninguna de

ellas la coge toda...". Según esto, la correspondencia de la Nueva España con el mundo de las estrellas se sitúa en la constelación de Pegaso.

La fuente del palacio se construyó en la primera mitad del siglo XVII. El cronista Isidro de Sariñana y Cuenca la describe en 1666, en el "Llanto del Occidente" —libro que tuvo la suerte de reeditar— en estos términos "Tiene este patio cincuenta varas de encuadro, y su centro, una fuente ochavada, con su foza y pilar de mármol que remata en un caballo de bronce".<sup>1</sup> Durante el motín de 1624 el palacio sufrió daños muy serios. El virrey procedió a realizar obras de "aderezo y reparo" en las casas reales. Efraín Castro nos informa que el obrero mayor del palacio de los virreyes era Antonio de Céspedes y el arquitecto Alonso Martínez López, uno de los maestros mayores de la Catedral de México.<sup>2</sup>

La Ciudad de México vivía en 1625 —año en que se colocó a Pegaso en el palacio— un clima de tensiones terribles: el Arzobispo Pérez de la Sena se hallaba en Madrid, rindiéndole cuentas al Conde-Duque de Olivares. Su versión de los violentos hechos del motín ocurrido el año anterior, que derrocó al virrey, era muy distinta de la que ofrecía el marqués de Gelves, que ambicionaba ser reinstalado en su cargo. El Conde-Duque decidió enviar como sucesor a un militar, el Marqués de Cerralvo, decidido a meter orden en Nueva España. Mientras tanto, sucedían en el reino nuevos trastornos —provocados por el pleito entre ese arzobispo guadalupano y ese virrey puritano y regalista— como una riña en el convento de La Merced o el secuestro de unos barcos llenos de mercancías —propiedad de los amigos comerciantes de la Audiencia— por parte de Pedro de Legorreta, adicto a Gelves. Cerralvo recibió la vara de mando de Gelves, al que, por un día, se repuso en su cargo de virrey. Inmediatamente Cerralvo procedió a restaurar el maltrecho palacio y, para congraciarse con los súbitos del virreinato, instaló el Pegaso.

En las actas de Cabildo de 1625 ya se menciona a la fuente, lo que hace suponer que se construyó en esta fecha. Es casi seguro que, después del motín de 1624, el virrey tuvo cuidado de elegir un símbolo para la Nueva España; en la fuente que se colocó en el patio central del destrozado palacio figuraba como emblema el caballo alado. En Pegaso se unían el México anterior a la conquista y la Vieja España, representados por Perseo y la Medusa, cuyo terrible encuentro tuvo, como inesperado resultado, el nacimiento del mágico potro. Pegaso simbolizaba una hermosa identidad común y, simultáneamente, aludía a la constelación que dominaba al país.

Perseo, Pegaso y Belerofonte son frecuentes en la simbología de Nueva España. Cuando en 1673 entró en México el malogrado Virrey-Duque de Veragua y Marqués de la Jamaica, se publicó un escrito, por Diego de Ribera y

Miguel Perea y Quintanilla, intitulado: "Histórica Imagen de Proezas", que describe las fiestas y el Arco Triunfal que se hicieron para ese efecto. En esta obra se compara al nuevo virrey —Pedro Nuño Colón de Portugal, descendiente de Cristóbal Colón— con Perseo. Asimismo, cuando entró en México Baltazar de Zúñiga Guzmán Sotomayor y Sarmiento, Marqués de Valero, se escribió un folleto titulado "Simulacro Simbólico y Alegórica Idea de el Príncipe Belerophonte". "Valero" y "Belero" fueron utilizados como motivo del símbolo. De la Maza dice: "Fue este héroe (Belerofonte), tan poco conocido, el que sirvió para el arco del Virrey-Marqués de Valero, en 1642. El nombre sería resucitado, años después, por Sigüenza y Góngora, para llamar a uno de sus libros el "Belerofonte Matemático" que fue una impugnación a las absurdas teorías de la influencia nefasta de los cometas, libro que no llegó a publicarse".<sup>1</sup>

No estoy muy de acuerdo con De la Maza; este folleto no es anterior a Sigüenza y Góngora, por una sencilla razón: el Virrey-Marqués de Valero, entró a la Ciudad de México el 16 de agosto de 1716. (Por cierto que murió en Madrid y su corazón fue enviado a México donde lo guardaron las Madres Capuchinas de la capital.) El folleto al que alude De la Maza, se publicó setenta y cuatro años después de lo que pensaba. El único ejemplar de este impreso del cual tengo noticia se halla en Austin, Texas, en la colección de Genaro García, que fue vendida en 1929. Por último, en el raro folleto titulado "Astro Mitológico", que se refiere a la entrada a la Ciudad de México del Conde Baños, se describe a Perseo y Pegaso pintados en el arco triunfal por el artista Cristóbal Franco de Molina.

Carlos de Sigüenza y Góngora encontró en Pegaso un perfecto signo para exaltar tanto su mexicanidad como su vocación científica. En más de seis libros,<sup>2</sup> aparece Pegaso en la portada como emblema, con un lema en latín que dice: "Sic itur ad astra" ("Así se va a los astros"). Prueba de ello es el título que le pone a una obra polémica en torno a un asunto científico: "Belerofonte Matemática contra la Química Astroológica de Don Martín de la Torre", cuyo manuscrito —según el editor de la "Libra Astronómica y Filosófica"— hacia 1691 ya se había perdido.<sup>3</sup> En esta obra, Sigüenza se convertía en Belerofonte, para argumentar en su texto "donde se hallaban cuantos primores y sutilezas hasta la trigonometría en la investigación de las paralajes y refracciones, y la teoría de los movimientos de los cometas, o sea, mediante una trayección rectilínea en las hipótesis de Copérnico, o por espiras cónicas en los vértices cortesianos", y que se oponía a las tesis de Don Martín de la Torre, que pensaba que los cometas se formaban de los excrementos y otras sustancias inundadas para aparecer como presagios adversos. Sigüenza, montado en su Pegaso —a manera de Belerofonte— rumbo a los astros y al conocimiento, combatía a la monstruosa Quimera de Don Martín de la Torre. Así, la modernidad científica del sabio novohispano vencía a las quiméricas suposiciones del anacrónico yucateco que, aunque "muy instruido en matemáticas y bellas letras" —como lo dice Beristáin—, era ignorante en la ciencia de su tiempo; su "Manifiesto Cristiano", era, en efecto, una horrenda quimera.

Sor Juana Inés de la Cruz comparte con Don Carlos el sentimiento criollo y la devoción a Pegaso. Es probable que esto diera motivo al título de "Inundación Castálida", edición madrileña de sus poesías y que se publica en vida de la monja, en 1689. Enrico Martínez, 1606, dice que Pegaso

"luego que nació voló, y de una patada que dió en el Monte Parnaso se hizo la Fuente Castalia, donde habitan las musas, cuya agua tiene virtud de hacer a los hombres sabios". No dice más, pero es evidente que la monja leyó el "Reportorio de los Tiempos", uno de los escasos libros de ciencia impresos en México, y relacionara a Pegaso con el Monte Parnaso y la fuente Castalia (que se llamaba así por la doncella hija de Aqueloo quien se arrojó a la fuente, antes que entregarse al Dios Apolo.) Las fuentes y Pegaso —ya lo vimos— tienen estrecha relación; en su momento se llamaría Hipocrene y tras la muerte de Castalia, Castálida: la "Inundación Castálida" se refería —tal vez— a las vicisitudes de la monja, perseguida por los cortesanos y la profundidad —a la manera de Apolo— suicidándose para el mundo, al tiempo de recibir de la fuente —a manera de inconsciente poético— la sabiduría en las cuatro paredes de su convento. Como sea, Pegaso, la Fuente Castalia y Sor Juana tienen una relación muy sugestiva. La Ilustración logró que nos olvidáramos de toda una vertiente de nuestro ser, al imponer la razón y el cientifismo, y excluir manifestaciones de la cultura tales como la emblemática —la visión simbólica-hermética— del neoplatonismo y sus relaciones de correspondencia. Octavio Paz explica que: "En el hermetismo neoplatónico renacentista hay que distinguir tres elementos: el filosófico propiamente dicho, mezcla de platonismo auténtico y de ideas extraídas del Corpus Hermeticum, la Cábala y otras fuentes; la nueva ciencia, especialmente la astronomía y la física; y una visión mágica del universo, derivada de la alquimia, la astrología y otras ciencias ocultas".<sup>4</sup> Pegaso, símbolo de la imaginación alada, viene a servir como signo de nuestra identidad común: arriba —en el mundo de las estrellas— y acá, abajo —en el mundo ordinario de nuestro ser— en esa búsqueda de los hombres del siglo XVII por encontrar un ser propio en el cosmos y en la historia.

Juan de Boria, en su "Emblematá Moralí", nos presenta a una pirámide-obelisco con el mote "Sic itur ad astra", lo que nos sugiere que la monja usó a la pirámide para viajar a los astros y las estrellas y Sigüenza al caballo alado. Recordemos que el tema del "Primero Sueño" es el de una pirámide que emerge del mundo sublunar hacia los astros. El poema comienza así:

"Piramidá funesta de la tierra,  
nacida sombra al cielo encaminaba  
de vanos obeliscos punta altiva  
escalar pretendiendo las estrellas". . .

La monja, lectora de Kircher —y, tal vez, de Juan de Boria— entusiasmada por la Egiptología, vió en la pirámide —hecha de negros vapores que suben de la tierra— y en su contrapartida luminosa, que desciende del cielo a la tierra, la "forma de un combate: las huestes de la noche asaltan al cielo", como dice Octavio Paz. "Sic itur ad astra", "Así se viaja a los astros", pensaron Don Carlos y Sor Juana, ésta con su pirámide y aquél con su Pegaso, contagiados del hermetismo neoplatónico. Hoy día es difícil la comprensión de estas preocupaciones pues el enciclopedismo, el racionalismo y la ciencia moderna experimental acabaron con ese aspecto de la cultura hispánica del siglo XVII, que la Nueva España vivió intensamente. El caballito del palacio fue sustituido por una escultura que representaba a la "Fama", después de haber sido pintado su bronce de distintos colores en el transcurso del siglo XVIII.<sup>5</sup> En lugar de un "caballito

alado", la Nueva España nos legó un brioso corcel montado por un rey tonto y débil. Sin embargo, la popularidad de El Caballito sugiere la persistencia de la imagen en la memoria colectiva: Pegaso — "El Caballito" — fue símbolo de la nacionalidad mexicana en el siglo XVII.

## Notas

<sup>1</sup> Sariñana, Isidro. "Llanto del Occidente". Méx. 1666. Ed. Fascimular. Bibliófilos Mexicanos. México 1977. Fol. 12.

<sup>2</sup> Castro Morales, Efraín. "El Palacio Nacional". Méx. 1976. P. 53.

<sup>3</sup> Israel, J. Razas. "Clases Sociales y Vida Política en el México Colonial." (1610-1670). F. C. E. México. 1980.

<sup>4</sup> De La Maza, Fco. "La Mitología Clásica en el Arte Colonial de México." I.I.E. Méx. 1968, P. 64.

<sup>5</sup> 1) Teatro de Virtudes Políticas, 1680. 2) Triunpho Parthénico, 1683. 3) Parayso Occidental, 1684. 4) Libro Astronómica y Filosófica, 1691. 5) Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento, 1691. 6) Trofeo de la justicia española, 1691. 7) Los infortunios de Alfonso Ramírez, 1690.

<sup>6</sup> Sigüenza y Góngora, Carlos de. "Libro astronómica. . .", 1691. En el prólogo de Don Sebastián de Guzmán.

<sup>7</sup> Beristáin y Souza, José Mariano. "Biblioteca Hispanoamericana Septentrional". Méx. 1816-1821. Tomo III. P. 208.

<sup>8</sup> Paz, Octavio, "Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe." F.C.E. México. 1982. P. 223.

<sup>9</sup> Según De la Maza, OP. Cit. P. 103, el Pegaso del palacio fue reparado en 1805: "... y se lo mandaron componer las alas, soldar un brazo, poniéndole una espiga de hierro y se pintó al óleo toda la estatua y aún la taza y la frente". A.G.N. Ramo de Obras Públicas. T. 30. Exps. 1 y 16. Las alas eran las de la "Fama", no las de Pegaso, pues el contrato de la colocación de la estatua lo publicó Efraín Castro. Op. Cit. P. 249. Desde 1792, en tiempos de Revillagigedo, desapareció el "Pegaso" del Palacio de los Virreyes de México.

## La vida leve

### LAS QUINCE LETRAS

**M**ás de una tienda, cantina o pulquería usa como nombre este enigma, quizá antiguo. Las quince letras se refieren, naturalmente, a las quince que forman la frase:

Las quince letras  
 $3 + 6 + 6 = 15$

¿Hay más frases análogas? Si las hay, la autorreferencia implica la ecuación.

Las equis letras  
 $3 + n + 6 = X$

Ningún número se escribe con menos de tres letras. Luego  $x$  no puede ser menor que  $3 + 3 + 6 = 12$ . Por otra parte,  $x$  no puede ser muy grande: no puede rebasar a  $n$  en más de  $3 + 6 = 9$ . Pezo  $x$  crece más aprisa que  $n$ . Aunque la escritura alfabética es menos eficaz que la numérica, es económica: para números cada vez más grandes usa proporcionalmente menos letras. Véanse los primeros casos, a partir de doce:

doce (=4) + 9 = 13 mayor que 12  
trece (=5) + 9 = 14 mayor que 13  
catorce (=7) + 9 = 16 mayor que 14  
quince (=6) + 9 = 15 IGUAL A 15  
dieciséis (=9) + 9 = 18 mayor que 16  
diecisiete (=10) + 9 = 19 mayor que 17  
dieciocho (=9) + 9 = 18 IGUAL A 18  
diecinueve (=10) + 9 = 19 IGUAL A 19  
veinte (=6) + 9 = 15 menor que 20  
veintiuna (=9) + 9 = 18 menor que 21  
veintidos (=9) + 9 = 18 menor que 22

veintitres (=10) + 9 = 19 menor que 23  
veinticuatro (=12) + 9 = 21 menor que 24

cincuenta y cuatro (=16) + 9 = 25 menor que 54  
ciento cincuenta y cuatro (=22) + 9 = 31 menor que 154

Es obvio que, a partir de veinte, el número de letras de la frase siempre será menor que el número nombrado por la frase. Es decir: que la igualdad no volverá a cumplirse ni siquiera en los números de escritura más larga, que son los que llevan cuatro en las unidades y cincuenta en las decenas. O sea que (en español) sólo hay tres frases autorreferentes de este tipo:

Las quince letras = 15  
Las dieciocho letras = 18  
Las diecinueve letras = 19

Una vez hecho el descubrimiento, cabe sospechar que ya había sido hecho y rechazado por razones de gusto. Ninguna tienda, cantina o pulquería se llama "Las dieciocho letras" o "Las diecinueve letras" porque "Las quince letras" es mucho más redondo y bonito. Y esto seguramente lo encontró cualquier ocioso entretenido en este enigma. Como tú, mi querido lector.

Gabriel Zaid